

derrochado tanto arte y gracia, las fallas han venido a ser *monumentos* de cartón tan grandiosos —la más modesta cuesta más de diez mil pesetas y las de primera categoría rayan en las cien mil— y han aumentado en número hasta tal extremo —pasan de las ciento cincuenta el último año—, que ha sido necesario plantarlas la noche del 16 de marzo, para que los valencianos y los forasteros que llegan de todas las partes del mundo puedan tener tres días —17, 18 y 19— para verlas.

LA QUEMA.

A las doce de la noche del día 19 se queman todas; más de ciento cincuenta gigantescas hogueras iluminan la noche valenciana en un espectáculo de neroniana aunque alegre grandeza, en medio de una apoteosis de pirotecnia que enciende de luces y estruendos el cielo primaveral de Valencia, mientras la multitud se desborda por todos lados, con alegría y orden únicos —¡eso sí!— en el ancho mundo.

¡Ciento cincuenta fallas! Y cada falla tiene su banda de música, su buñolería, su Reina fallera, su Comisión, sus premios —según su arte o su gracia—, sus castillos de fuegos de artificio, sus kilómetros y kilómetros de traca, sus fiestas de toda índole. Durante una semana, y particularmente los tres últimos días, Valencia ofrece una fiesta interminable —toros, bailes, conciertos, fuegos aéreos, deportes, desfiles—, que no se interrumpe, agotadora, orgiástica, y a la vez ponderada, popular, llena de orden y de serenidad... ¡Milagros de una herencia clásica y cristiana!

Para las Fallas parece que escribió el más regocijante de los poetas griegos, Aristófanes, aquellas estrofas del coro de *Las Ranas*: “*El prado deslumbra de luces; vigorízanse las rodillas del anciano, disípanse sus penas, y aligérasele la carga de los años para poder formar parte de los sagrados coros.*”

“*¿Queréis que nos burlemos juntos de Arquedemo? A los siete años no era todavía ciudadano y ahora es jefe de los Atenenses, y ejerce allí el principado de la bribonería...*”

“*Eleveemos nuestros cantos y los himnos nocturnos propios de estas fiestas; adéntrese cada cual por los prados floridos dando rienda suelta a los chistes, burlas y dicterios.*”

* * *

Eso es Valencia en marzo, por San José, ante el mundo: un grandioso Coral de alegría popular. Desde la Revolución Francesa y Napoleón, en el mundo se han puesto de moda las “movilizaciones totales”. Pero son movilizaciones para la guerra, para el rencor, bajo esa invención totalitaria y archidemocrática del “pueblo en armas”. Al hombre se le dió un *voto*; pero lo que realmente se le dió fué un fusil. Se acabaron las movilizaciones gremiales y cristianas para la Cruzada, la Romería, la algazara de fiestas y campanas. Acaso sólo en España quedó un sentido profundo y verdadero de la fiesta como movilización de masas para el regocijo, las emociones puras, la belleza... El mundo, enfermo de malhumor, no supo ya de los *alegres* Oficios de Florencia, ni de los *alegres* Maestros Cantores de Nuremberg, ni de las *alegres* Comadres de Windsor. El mundo ha perdido el sentido de la Fiesta. Porque una fiesta es como un juego. O como un convite. Si no se participa del juego o del convite —como en la Liturgia—, ¿qué pinta el pueblo, qué pinta el hombre convertido en espectador, en mirón de bobalicona pasividad? Los festines —o festivales— del mundo moderno son del género tonto, porque en ellos no hay manera de superar esa postura boba del espectador puro. Ahí tenéis el cine o el deporte-espectáculo, como botones de muestra.

En las Fallas de Valencia, el pueblo todo, valencianos y forasteros, viejos y niños, hombres y mujeres, en un sabio proceso de exultante alegría, soñ la nota dominante y apoteósica. Como en la *Fuenteovejuna* de Lope o en las tragedias de Esquilo, el pueblo es en las fallas el verdadero protagonista. Y es que las fallas son... ¡una Fiesta!

M A R T I N D O M I N G U E Z
(Ilustraciones fotográficas de Luis Vidal.)



7 FEBRERO 1948 En 1942, por el mes de junio, falleció en Madrid el ilustre escritor, historiador y diplomático mexicano D. Carlos Pereyra. Reanudadas las comunicaciones entre México y España, se dispuso el traslado de los restos del citado historiador a la tierra natal, aprovechándose el primer viaje a Veracruz del transatlántico español *Habana*. Con este motivo, en la mañana del 7 de febrero último, fueron exhumados los restos del gran hispanista en el cementerio de San Isidro, de Madrid, y, a la tarde, fueron solemnemente trasladados desde la plaza de la Cibeles a la estación del Mediodía, desde donde siguieron a Barcelona, para embarcarlos en el *Habana*.

PEREYRA

CUANDO conocí a Carlos Pereira no dejó de interesarme el aire de familia, que le asemejaba a Antonio Machado. No se trataba exactamente de un parecido físico. Pero tampoco era del caso, a las pocas frases cambiadas y con desconocimiento de la mayor parte de la obra del uno, pensar en un parentesco intelectual entre los dos escritores. La vaga comunidad se estableció más bien en aquella zona, intermedia, o mejor dicho, común, a alma y cuerpo, donde anclan el amor, la simpatía —o la antipatía— y una rica multiplicidad entre los sentimientos humanos. Zona imprecisa y, más propiamente, musical. Aquella en que, según he tratado de explicar varias veces, cabe dividir a todas las realidades del mundo en los dos grupos: el de lo “albariqueáceo” y de lo “melocotoneáceo”.

Radicalmente “melocotoneáceos”, ¡ya lo creo!, eran Antonio Machado y Carlos Pereira: duros, a la par que jugosos, cortantes de aristas, nítidos en la tectónica y con una disposición característica a la claridad en el sabor. No para ellos la contextura *harinosa*, la ambigüedad en la consistencia, la adherencia equívoca entre pulpa y pellejo. Aquel doble “dejo de timidez y de altivez”, que en el poeta español veía Rubén Darío, no sólo se le encontraba “al hablar”, sino también, acaso principalmente, cuando callaba. Lo mismo hubiera cabido afirmar del historiador mexicano. Era, el de los dos, un silencio como el de las grutas, en el cual se oye perlear el caer de las estalactitas. La gruta tenía una entrada algo difícil. Abrigaba la grave profundidad del vivir, en Pereira como en Machado, el vidrio de una resplandeciente campana de soledad.

Si, en el uno, el aire del interior de la campana estuvo encalmado por la indolencia, en el otro lo enardecía una casi monstruosa actividad. No se hubiera juzgado posible la enorme labor llevada a cumplimiento por Carlos Pereira, sin la constancia de un fuego de pasión, en que enardecerse. Los recuerdos, en Machado, eran íntimos, hechos solamente de ternuras: la infancia lejana, la amada muerta. En Pereira, eran recuerdos colectivos, los de la historia; y, a su evocación, daba ley una vindicación... Ahora, lejos de la objetividad inasequible, siempre habrá dos maneras capitales de historia. Habrá la manera *pro* y la manera *contra*. Esta última proporciona con facilidad, a la vez que el aplauso, la compañía. En la primera, en la defensiva, lo corriente es que la soledad se agrave. El hispanismo histórico de Carlos Pereira no ha podido aplaudirse, diré que ni casi conocerse, hasta que han pasado, sobre su nombre, la muerte y, sobre su obra, algunos años...

Ahí va, ensimismado, desgarbado, solo, por los senderos del mardileño Retiro, Carlos Pereira. Se da, a cada paso, con un pie a la canilla de la otra pierna. Parece a punto de hablar solo. Viene de escribir cien cuartillas. Va a corregir las pruebas de cien galeradas. No se queja nunca. Y, el que no haya nadie que pueda ver “la luz de sus pensamientos”, no le estorba para tener “un dejo de timidez y de altivez”.

Febrero, 1948.

E U G E N I O D ' O R S
(De la Real Academia Española.)



CARLOS PEREYRA

VUELVE A MEXICO

EN junio de 1942, Carlos Pereyra, historiador, hispanófilo, sociólogo y diplomático, descansa para siempre, en Madrid, de su actividad, según Eugenio d'Ors, "casi monstruosa". La tierra que él tanto amó y defendió lo acoge durante unos años; hasta el día 7 de febrero de 1948. Han desaparecido las dificultades creadas por la situación mundial. El Gobierno mejicano solicita los restos de su compatriota; y el Gobierno español se apresura a enviárselos, no sin cierto pesar. Carlos Pereyra era también español y españoles su corazón y su rectitud de conciencia.

En una mañana de febrero —en la mañana del día 7—, dulce y brillante, los restos de Carlos Pereyra son exhumados en la Sacramental de San Isidro, el más madrileño de todos los cementerios de Madrid. Carlos Pereyra llevará a

Las cuatro fotografías superiores muestran otros tantos aspectos de la conducción de los restos de D. Carlos Pereyra por las calles de Madrid.

La viuda del insigne historiador mexicano recibe del Ministro de Educación Nacional —a la izquierda de la "foto"— la cruz de Alfonso X, el Sabio.

El canciller de la Legación de México en Lisboa conversa con el director del Instituto de Cultura Hispánica, Sr. Ruiz-Giménez.



Veracruz, pegada a su hábito de San Francisco, un poco de tierra española, húmeda de rocío. El acto fué breve y sencillo. Presidía el Ministro de Asuntos Exteriores. Asistían representaciones de la América Española: Cuba, Méjico, Argentina, Uruguay, el Salvador, Chile... Era aquél el hombre que fué de todos. Ahí estaban su gran "Historia de la América Española"; sus libros sobre el general Sucre, sobre Bolívar, sobre el Paraguay... Abarcó en su amor y su tarea las dos orillas del Atlántico.

En el atrio de la ermita de San Isidro, el Sr. Martín Artajo impuso a los restos la Gran Cruz de Isabel la Católica, postrera distinción ofrecida por el Estado español a quien tanto luchó por el entendimiento hispanoamericano. El atrio es pequeñísimo y las breves palabras de ofrenda y gratitud del señor Ministro sonaron más recogidas e íntimas, más cordiales. A los pies del Cristo que adorna la tapa del féretro quedaron prendidas dos cintas: una, con los colores españoles, y otra, ancha, con la gran cruz, recatada entre los pliegues de la tela.

A las cinco y media de la tarde, el paseo del Prado de Madrid vió interrumpido su ajetreo urbano por un acontecimiento desusado. Una procesión grave y señorial discurría lentamente por él. El féretro era conducido a la estación de Atocha, de donde partiría para Barcelona. La concurrencia de la mañana se veía aumentada. El Ministro de Educación Nacional figuraba al frente de la primera presidencia, ostentando la representación del Jefe del Estado. Las comisiones del Instituto de Cultura Hispánica y del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, también habían engrosado. Se hallaban presentes las autoridades de la Diputación y el Ayuntamiento madrileños, entre sus maceros: dalmáticas bordadas, penachos blancos, crespones negros... Momentos antes de ponerse en marcha la comitiva, el Sr. Ibáñez Martín —Ministro de Educación Nacional— ha entregado a la viuda de Carlos Pereyra las insignias de la Cruz de Alfonso X el Sabio. Se las ha entregado sin aparato alguno, entre la gente, cogiéndola las manos con efusión. Doña María Enriqueta, menuda y temblorosa, ha murmurado muchas veces:

—Todo se lo debemos a España. Todo...

Eugenio d'Ors recuerda a Carlos Pereyra paseando por el Retiro, el Parque de Madrid, tan próximo, paseando con su silencio y su hermetismo habituales. Es de creer que, muchas veces, el gran autor de la "Historia del pueblo mejicano" cruzaría esta misma calzada de asfalto. Iria hilvanando en su mente otro libro u otro artículo en pro de su más caro ideal: la Hispanidad; acaso iría pensando en un nuevo ataque a la "leyenda negra", uno de esos ataques que tantas enemistades le había creado... En esta tarde de sol del 7 de febrero de 1948, pasa el coche fúnebre, cargado de rosas, claveles y camelias. Las gentes se descubren y se santiguan. A ambos lados de la ancha avenida se va remansando el tráfago ciudadano. Una viejecilla, vendedora de periódicos, se acerca.

—Se lo llevan a Méjico —dice.

—Sí.

La voz de la viejecilla se empaña con un velo de fuerte añoranza:

—¡Quién pudiera ir a Méjico! Tengo una sobrina allí...

En la estación, el padre Cordero rezó ante el féretro una corta oración. La rezaría con el suave dejo de su tierra mejicana.

De Madrid, los restos de Carlos Pereyra van a Barcelona. De Barcelona, a Veracruz, a Méjico, en un barco español, con nombre americano —el "Habana"—, que vuelve otra vez, veterano del Caribe, a los periplos transatlánticos. Es el primer viaje del "Habana" a Méjico —después de las guerras— y el último regreso del historiador a su tierra nativa.

Ya en su país, más cerca de Saltillo, el lugar que lo vió nacer, los restos de D. Carlos Pereyra reposarán definitivamente en el Panteón de los Hombres Ilustres Mejicanos. Es muy grato pensar que a todos los hombres del área hispanoamericana nos corresponderá siempre una parte de la gloria de Carlos Pereyra: la que Carlos Pereyra ganó defendiendo fervorosamente la obra española en las tierras americanas y la propia y particular obra de los caudillos y de los pueblos americanos: la obra de Hernán Cortés, la de Pizarro, la de Bolívar o la de Sucre...

L. C.